



Pacto ciudadano por la vida, la reconciliación y la paz: apuntes para una espiritualidad*

Luis José Rueda Aparicio
Arzobispo de Bogotá

Introducción

El pacto ciudadano por la vida, por la reconciliación y por la paz es ante todo la propuesta de una espiritualidad en movimiento, que brota de la conciencia de cada ciudadano y nos une como civilización en camino.

En la Biblia encontramos a un Dios que pacta con el ser humano y que es fiel y cercano. La proximidad se expresa en el pacto que establece con su pueblo, compromiso que liga estrechamente a las dos partes y que vive en la memoria de Dios y en los creyentes que ponen en práctica sus requerimientos. La antigua alianza y la nueva alianza nos revelan la fidelidad divina siempre dispuesta a perdonar y al mismo tiempo siempre exigente. El lazo que une a Dios con su pueblo implica la lealtad de ambos. El Señor cumple su parte: "...aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no te retiraré mi lealtad ni mi alianza de paz vacilará, dice el Señor, que te quiere" (Is 54,10).

Esa es la razón última de la fidelidad: el amor; "con lealtad eterna te quiero, dice el Señor, tu redentor" (Is 54,8). El Dios de la Biblia es pues un Dios que establece una alianza, y que, como lo dice repetidamente la Sagrada Escritura, siempre tiene presente aquello que lo llevó a ese pacto. "Porque el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo: no te dejará, ni te destruirá, ni olvidará el pacto que juró a los padres de ustedes" (Dt 4,31)¹.

* Texto de la lección inaugural, a cargo de monseñor Luis José Rueda Aparicio, en la Facultad de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana, de Bogotá, el 9 de febrero de 2021.

¹ Gutiérrez, *El Dios de la vida*, 83.86.

En la Iglesia Católica hemos tenido también la práctica de los pactos. Son conocidos los pactos, por ejemplo, el Pacto de Letrán, firmado el 11 de febrero de 1929 por el cardenal Pietro Gasparri, en nombre del papa Pío XI, y el primer ministro de Italia, Benito Mussolini; o el Pacto de las Catacumbas, firmado por cuarenta padres conciliares: este quiso manifestar que un tema que había señalado Juan XXIII como preocupación que debía asumir el Concilio Vaticano II –que no fue integrado suficientemente en los documentos conciliares– se convertía en un compromiso más personal de estos cuarenta padres conciliares para llevar adelante una Iglesia pobre y para los pobres; entre los firmantes estuvieron cinco obispos colombianos: monseñor Aníbal Muñoz Duque; monseñor Tulio Botero Salazar; monseñor Antonio Medina Medina; monseñor Raúl Zambrano Camader; y monseñor Ángel Cuniberti. Y lo firmaron el 16 de noviembre de 1965, poco antes de la clausura del Concilio Vaticano II².

Como se puede apreciar, en la Biblia encontramos a un Dios que hace un pacto con el ser humano, con el pueblo, y este espíritu es interpretado por la Iglesia como la práctica de un compromiso que permite mantener viva la fe y la esperanza. El pacto nos lleva a realizar una ofrenda de actitud diaria que favorezca la vida, la reconciliación, la paz, de tal manera que todos los días sean de un renovado compromiso y entrega solidaria. En este sentido, el pacto será siempre un instrumento de conciencia personal y colectiva que nos permite:

1. *Anunciar* la fraternidad como la opción por la vida, la reconciliación y la paz, desde las pequeñas y grandes actitudes que las promuevan.
2. *Prevenir* creativamente –con la mediación del *discernimiento*– todas las actitudes en contra de la vida, la reconciliación y la paz, lo que implica describir el pasado con sus diversos condicionamientos que hay en la conformación de este problema fundamental. Detectar y formular el problema fundamental que puede ser el núcleo originante de violencia en una persona, en un grupo familiar, en una comunidad, en la humanidad; detectar los signos incipientes que pueden desembocar en acciones violentas, y formularse siempre la pregunta: Si no actuamos ahora, ¿qué puede pasar dentro de unos años?
3. *Proponer* opciones a corto, mediano y largo plazo, concertadas por medio del *diálogo*, orientadas a solucionar los conflictos haciendo opción por la vida, la reconciliación y la paz, lo que significa asumir opciones personales y opciones comunitarias.

² Una presentación y comentario amplio sobre el Pacto de las Catacumbas se encuentra en Pikaza y Antunes da Silva (eds.), *El Pacto de las Catacumbas. La misión de los pobres en la Iglesia*.

4. *Convocar* permanentemente la vinculación de nuevas personas y organizaciones que quieran hacer parte de una *pedagogía* por la vida, por la paz y por la reconciliación: una pedagogía del encuentro que supera el individualismo; de la escucha, que supera la indiferencia; y de la empatía, que supera la rivalidad.
5. *Denunciar* todas las actitudes en contra de la vida, la reconciliación y la paz en las personas o en la sociedad. Esto, por medio de un *profetismo no violento*, con celebraciones de petición, de perdón, ayunos, movilizaciones silenciosas y sin violencia verbal; celebraciones con testimonios de quienes reconocen las equivocaciones.

En este contexto y con tales premisas quiero referirme al pacto ciudadano mediante el desarrollo de dos apartados que buscan fundamentar y proponer algunas líneas de acción en torno de la vida, la reconciliación y la paz, y del dinamismo de anunciar-prevenir-proponer-convocar-denunciar.

La vida, la reconciliación y la paz son tres misiones que determinan el caminar de un país como Colombia en este momento histórico.

La vida, la reconciliación y la paz

La vida

La vida es el primer valor del programa o proyecto del Reino que vino a promover Jesús de Nazaret:

...porque lo más importante y lo más grande que nos ha dado Dios es la vida. De manera que el Dios de nuestra fe se presenta, en los escritos del Nuevo Testamento, como el “Dios viviente” (Mt 16,16; Jn 6,57; Hch 14,15...). Y Jesús dice que él es “la vida” (Jn 14,8).³

Según los sinópticos:

...el Reino de Dios llega a los seres humanos, ante todo, como liberación del sufrimiento, de la indignidad y de la muerte. Esto es lo que escribas y fariseos no entendieron ni estuvieron dispuestos a aceptar. Pero esto precisamente es lo que se pone de manifiesto en las *curaciones de enfermos*, la *expulsión de demonios* y el *mensaje de las bienaventuranzas*. En este sentido, se puede decir que los evangelios establecen una relación fundamental entre el Reino y la vida. Y aunque en el uso lingüístico de los sinópticos, no se da la relación entre Reino y vida, es un dato patente que los relatos evangélicos afirman, de maneras

³ Castillo, *El Reino de Dios. “Por la vida y la dignidad de los seres humanos”*, 74.

diversas, que el Reino se hace presente remediando las situaciones más graves de la vida y aliviando los sufrimientos de esta vida.⁴

El Reino proclamado por Jesús es un Reino como plenitud de vida:

Los dirigentes religiosos de aquel pueblo, concretamente escribas y fariseos, esperaban la venida del Reino como un yugo: *el yugo de la Ley*. Es decir, para aquellos dirigentes, el Reino vendría en cuanto el pueblo se sometiera incondicionalmente, no sólo a las exigencias éticas de la Torá, sino además a los incontables preceptos y observancias y ritualismos que los letrados cargaban sobre las abrumadas espaldas de la pobre gente. Y eso significaba obviamente que el pueblo sencillo tenía que pensar en la venida del Reino como una carga insoportable que le iban a echar encima [...]. Estando así las cosas, se comprende el sentido exacto y el alcance que tuvo el entusiasmo popular que se produjo en cuanto Jesús se puso a decirle a aquel pueblo que ya llegaba el Reino, pero no como lo anunciaban los dirigentes, no como el yugo de la religión que le iba a oprimir aún más, sino como vida, como libertad, como gozo y alegría, como dignidad para cuantos se veían y eran vistos como indignos, como pecadores despreciables o como endemoniados peligrosos. En definitiva, *el Reino como plenitud de vida*. Ahora bien, esto tuvo que provocar inevitablemente un enfrentamiento: el conflicto entre los dirigentes y Jesús.⁵

La vida fue uno de los hilos conductores asumidos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, y fue el derrotero señalado por el papa Benedicto XVI en su discurso inaugural: “para que en él tengan vida”:

Los pueblos latinoamericanos y caribeños –afirma Benedicto XVI– tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura... a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte de los hombres, de los valores supremos y de Dios que de ellos es la fuente y el fin (*Populorum progressio* 21).⁶

En el mismo discurso inaugural, el papa Benedicto XVI amplía su comentario sobre la *Populorum progressio* con estas palabras:

Este documento pontificio pone en evidencia que el desarrollo auténtico ha de ser integral, es decir, orientado a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres (cfr. N.º 14), e invita a todos a suprimir las graves desigualdades

⁴ *Ibíd.*, 65

⁵ *Ibíd.*, 76.

⁶ Benedicto XVI, “Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe”.

sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes. Estos pueblos anhelan, sobre todo, la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: “*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*” (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural.⁷

De esta manera, el papa pone en el centro de su mensaje la vida y contribuye a la organización del *Documento de Aparecida*, haciendo énfasis en la vida de nuestros pueblos hoy, la vida de Jesucristo en los discípulos misioneros y la vida de Jesucristo para nuestros pueblos. Se resalta en dicho *Documento* que Jesús está al servicio de la vida (Nos. 353-354), que se descubren variadas dimensiones de la vida en Cristo (Nos. 355-357), que el servicio es para una vida plena para todos (Nos. 358-359), y que la misión es para comunicar vida (360-364).

Esta es una nueva visión, que supera ampliamente la referencia casi unilateral de otras épocas de la historia de la Iglesia a la sola vida eterna, para destacar que aquí y ahora, en la historia humana, se gesta, está en germen y se define la vida que luego tendrá su plenitud en la vida eterna.

La reconciliación

El lenguaje bíblico más cercano a la reconciliación es el de la conversión, la penitencia, el perdón. En la oración que Jesús nos enseñó está la petición de perdón: que el Padre nos perdone como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y cuando Pedro le pregunta a Jesús cuántas veces hay que perdonar, Jesús le responde con toda claridad: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18,21ss.).

En la base de una auténtica “reconciliación” ha de estar una verdadera experiencia de perdón, sabiendo que el perdón tiene una incidencia social:

No es fácil escuchar la llamada de Jesús al perdón ni sacar todas las implicaciones que puede tener el aceptar que un hombre es más humano cuando perdona que cuando se venga. Sin duda hay que entender bien el pensamiento de Jesús. Perdonar no significa ignorar las injusticias cometidas, ni aceptarlas de manera pasiva o indiferente. Al contrario, si uno perdona es precisamente para destruir, de alguna manera, la espiral del mal, y para ayudar al otro a rehabilitarse y actuar de manera diferente en el futuro. En la dinámica del perdón hay un esfuerzo por superar el mal con el bien. El perdón es un gesto que cambia cualitativamente las relaciones entre las personas y busca plantearse la convivencia futura de manera nueva. Por eso el perdón no ha de ser solo una exigencia individual, sino que debería tener una traducción social. La sociedad no debe dejar abandonado a ningún hombre, ni siquiera al culpable. Toda persona tiene derecho

⁷ *Ibid.*

a ser amada. No podemos aceptar que la represión penal solo “devuelva mal por mal” al encarcelado, hundiéndolo en su delito, degradando su existencia e impidiendo su verdadera rehabilitación. [...]. No existe justificación alguna para actuar de manera vejatoria o injusta con ningún encarcelado, sea delincuente común o político. Nunca avanzaremos hacia una sociedad más humana si no abandonamos posturas de represalia, odio y venganza. Por eso es también una equivocación incitar a la gente a la revancha. El grito de “el pueblo no perdonará” es, por desgracia, comprensible, pero no es el camino acertado para enseñarle a construir un futuro más humano.⁸

En el contexto del Año de la Misericordia, el papa Francisco, en una catequesis del sábado 30 de abril de 2016, nos ofrece lo que considera un aspecto importante de la misericordia y que retomamos en forma sintética:

Dios no ha dejado jamás de ofrecer su perdón a los hombres: su misericordia se ha manifestado de generación en generación. Muchas veces pensamos que nuestros pecados alejan al Señor de nosotros: en realidad, pecando, nosotros nos alejamos de él, pero él, viéndonos en el peligro, con mayor razón nos viene a buscar. Dios no se conforma jamás con la posibilidad que una persona permanezca extraña a su amor, pero a cambio de encontrar en ella algún signo de arrepentimiento por el mal realizado. [...]. Solo con nuestras fuerzas no lograremos reconciliarnos con Dios. El pecado es de verdad una expresión de rechazo a su amor, con la consecuencia de cerrarnos en nosotros mismos, iludiéndonos de encontrar mayor libertad y autonomía. Pero lejos de Dios no tenemos más una meta, y de peregrinos en este mundo nos hacemos “errantes”. Un modo común de decir es que, cuando pecamos, nosotros “le damos la espalda a Dios”. Es justamente así, el pecador ve solo a sí mismo y pretende de este modo ser autosuficiente; por eso, el pecado aumenta siempre más la distancia entre nosotros y Dios, y esto se puede convertir en un abismo. A pesar de ello, Jesús viene a buscarnos como buen pastor que no está contento hasta cuando no ha encontrado la oveja perdida, como leemos en el Evangelio (cfr. Lc 15,4-6). Él reconstruye el puente que nos une al Padre y nos permite reencontrar la dignidad de hijos. Con el sacrificio de su vida nos ha reconciliado con el Padre y nos ha donado la vida eterna (cfr. Jn 10,15). [...]. Tener la experiencia de la reconciliación con Dios permite descubrir la necesidad de otras formas de reconciliación: en las familias, en las relaciones interpersonales, en las comunidades eclesiales, como también en las relaciones sociales e internacionales. [...]. La reconciliación de hecho es también un servicio a la paz, al reconocimiento de los derechos fundamentales de las personas, a la solidaridad y a la acogida de todos. Aceptemos, por tanto, la invitación a dejarnos reconciliar con Dios, para convertirnos en nuevas criaturas y poder irradiar su misericordia en medio a los hermanos, en medio a la gente.⁹

⁸ Pagola, *El camino abierto por Jesús. Mateo*, 207ss.

⁹ Aciprensa, “Catequesis papa Francisco sobre la reconciliación con Dios”.

A esta clase de perdón, en su dimensión social, se refirió el papa Francisco en su llamado a Colombia a la reconciliación, en su discurso en Villavicencio, el 8 de septiembre de 2017:

Ustedes llevan en su corazón y en su carne las huellas de la historia viva y reciente de su pueblo, marcada por eventos trágicos, pero también llena de gestos heroicos, de gran humanidad y de alto valor espiritual de fe y esperanza. [...]. Quisiera, como hermano y como padre, decir: Colombia, abre tu corazón de pueblo de Dios y déjate reconciliar. No temas a la verdad ni a la justicia. Queridos colombianos: No tengan temor a pedir y a ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios, renunciar a las venganzas y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno. Que podamos habitar en armonía y fraternidad, como desea el Señor. Pidamos ser constructores de paz, que allá donde haya odio y resentimiento, pongamos amor y misericordia (cfr. Oración atribuida a San Francisco de Asís).¹⁰

Se trata en definitiva a una reconciliación que integra la conversión y el perdón, y que se vive en tres direcciones, en las perspectivas que el papa Francisco ha señalado en sus documentos programáticos:

- Reconciliación con Dios (véase *Evangelii gaudium*)
- Reconciliación con los hermanos (véase *Fratelli tutti*)
- Reconciliación con la creación (véase *Laudato si'*).

La paz

Todo pacto que tenga como objetivo la paz manifiesta la conciencia que se tiene de las características de la historia humana y de los desafíos que surgen de ella misma. En todos los tiempos parece encontrarse ese binomio guerra-paz, violencia-paz. De ahí que se pueda afirmar que la paz es uno de los bienes más preciados y anhelados por la humanidad, pero al mismo tiempo uno de los más frágiles y amenazados. La paz se ve amenazada permanentemente por un clima conflictivo en diferentes frentes: militar, económico, político, religioso, de género, ecológico, entre culturas y civilizaciones.

Las búsquedas de paz las encontramos, por lo mismo, en todos los ambientes: en el ambiente religioso, pero con referencia a los ambientes políticos y económicos, esa búsqueda la encontramos en la tradición judeo-cristiana y es caracterizada

¹⁰ Francisco, “Gran encuentro de oración por la reconciliación nacional. Palabras del santo Padre (Villavicencio, 8 de septiembre de 2017)”.

especialmente con el término hebreo *shalom*. El teólogo español Juan José Tamayo sintetiza su significado bíblico así:

El término hebreo *shalom* posee una riqueza semántica que no se refleja adecuadamente en la *eirene* griega, la *pax* latina o los términos respectivos de nuestras lenguas. *Shalom* no significa la simple ausencia de guerras; expresa, más bien, “una vivencia colectiva sazónada de bienestar, de serenidad, de salud corporal, de sosiego espiritual y de comprensión interhumana” (Salas, en Varios, 1991, 33). Remite a un clima de plenitud, justicia, vida, verdad, que incide en el conjunto de las relaciones humanas: políticas, sociales, familiares, económicas, religiosas, etc. Posee, además, un compromiso ético, ya que exige un comportamiento humano íntegro, sin tacha. Esta riqueza semántica explica que *shalom* se empleara en la religión hebrea como saludo y bendición. La verdadera paz nunca está disociada de la justicia. Sin la realización de esta no es posible la paz. “La obra de la justicia será la paz –dice Isaías–, el fruto de la equidad, una seguridad perpetua” (Is 32,17). Según la literatura profética, las estructuras sociales han de fundarse en la justicia (*sedatqa*) y en el derecho (*mispat*). Los salmos proponen la síntesis entre paz y justicia, amor y verdad (Sal 85,11). Resumiendo las distintas tradiciones bíblicas podemos decir, con el teólogo argentino J. Míguez Bonino, que la paz es un proceso dinámico mediante el que se construye la justicia en medio de las tensiones de la historia.¹¹

La paz hace parte también del proyecto de Jesús: “La paz les dejo mi paz les doy. No la doy yo como la da el mundo” (Jn 14,27). Se trata del gran regalo de Jesús. Así lo describe, el biblista José Antonio Pagola:

Según el Evangelio de Juan, es el gran regalo de Jesús, la herencia que ha querido dejar para siempre a sus seguidores. Así dice Jesús: “Les dejo la paz, les doy mi paz”. Sin duda recordaban lo que Jesús había pedido a sus discípulos al enviarlos a construir el Reino de Dios: En la casa en que entren, digan primero: “Paz a esta casa”. Para humanizar la vida, lo primero es sembrar paz, no violencia; promover respeto, diálogo o escucha mutua, no imposición, enfrentamiento y dogmatismo. ¿Por qué es tan difícil la paz? ¿Por qué volvemos una y otra vez al enfrentamiento y la agresión mutua? Hay una respuesta primera tan elemental y sencilla que nadie la toma en serio: solo los hombres y mujeres que poseen paz pueden ponerla en la sociedad. No puede sembrar paz cualquiera. Con el corazón lleno de resentimiento, intolerancia y dogmatismo se puede movilizar a la gente, pero no es posible aportar verdadera paz a la convivencia. No se ayuda a acercar posturas y a crear un clima amistoso de entendimiento, mutua aceptación y diálogo. No es difícil señalar algunos rasgos de la persona que lleva en su interior la paz de Cristo: busca siempre el bien de todos, no excluye a nadie, respeta las diferencias, no alimenta la agresión, fomenta lo que une, nunca lo que enfrenta. ¿Qué estamos aportando hoy desde la Iglesia de Jesús?

¹¹ Tamayo, “Paz y violencia”, 709ss.

¿Concordia o división? ¿Reconciliación o enfrentamiento? Y si los seguidores de Jesús no llevan paz en su corazón, ¿qué es lo que llevan? ¿Miedos, intereses, ambiciones, irresponsabilidad?¹²

El Concilio Vaticano II dedicó el Capítulo V, en la constitución *Gaudium et spes*, al planteamiento del fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos (Nos. 77-90). La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, al acoger lo recordado por el Concilio Vaticano II, la planteó en su segundo capítulo y allí recordó la concepción cristiana de la paz en tres notas características (No. 14):

1. *La paz es, ante todo, obra de la justicia.* Supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en el que su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocida, su libertad garantizada; un orden en el que los hombres no sean objetivos, sino agentes de su propia historia. Allí, pues, donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz [...]. La paz se obtiene creando un orden nuevo que comporta una justicia más perfecta entre los hombres. En este sentido, el desarrollo integral del hombre, el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas es el nombre de la paz.
2. *La paz, en segundo lugar, es un quehacer permanente* [...]. La paz no se encuentra: se construye. El cristiano es un artesano de la paz. Esta tarea reviste un carácter especial en nuestro continente; para ello, el pueblo de Dios en América Latina, al seguir el ejemplo de Cristo deberá hacer frente con audacia y valentía al egoísmo, a la injusticia personal y colectiva.
3. *La paz es, finalmente, fruto del amor, expresión de una real fraternidad entre los hombres:* fraternidad aportada por Cristo, príncipe de la paz, al reconciliar a todos hombres con el Padre. La solidaridad humana no puede realizarse verdaderamente sino en Cristo, quien da la paz que el mundo no puede dar. El amor es el alma de la justicia. El cristiano que trabaja por la justicia social debe cultivar siempre la paz y el amor en su corazón.

¹² Pagola, *Camino abierto por Jesús*. Juan, 198ss.

El dinamismo de anunciar-prevenir-proponer-convocar, que parte de la conciencia personal y colectiva

Anunciar una fraternidad que construye la paz

Tomaremos a continuación un fragmento del mensaje del papa Francisco con ocasión de la Jornada Mundial por la Paz del 1º de enero del año 2014, titulado “La fraternidad, fundamento y camino para la paz”. Se trata del primer mensaje del papa Francisco en esta tradicional Jornada, y vemos cómo, desde ese momento, está poniendo las bases de una espiritualidad que tiene como hilo conductor la fraternidad. Lo citaremos textualmente y le haremos algunos resaltados:

Teniendo en cuenta todo esto, es fácil comprender que la fraternidad es fundamento y camino para la paz. Las encíclicas sociales de mis predecesores aportan una valiosa ayuda en este sentido. Bastaría recuperar las definiciones de paz de la *Populorum progressio* de Pablo VI, o de la *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II. En la primera, encontramos que el desarrollo integral de los pueblos es el nuevo nombre de la paz [3]. En la segunda, que la paz es *opus solidaritatis* [4].

Pablo VI afirma que no solo entre las personas, sino también entre las naciones, debe reinar un espíritu de fraternidad. Y explica: “En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos [...] actuar a una para edificar el porvenir común de la humanidad” [5]. Este deber concierne en primer lugar a los más favorecidos. Sus obligaciones hunden sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural, y se presentan bajo un triple aspecto: el deber de solidaridad, que exige que las naciones ricas ayuden a los países menos desarrollados; el deber de justicia social, que requiere el cumplimiento en términos más correctos de las relaciones defectuosas entre pueblos fuertes y pueblos débiles; el deber de caridad universal, que implica la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan algo que dar y recibir, sin que el progreso de unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros [6].

Así mismo, si se considera la paz como *opus solidaritatis*, no se puede soslayar que la fraternidad es su principal fundamento. La paz –afirma Juan Pablo II– es un bien indivisible. O es de todos o no es de nadie. Solo es posible alcanzarla realmente y gozar de ella, como mejor calidad de vida y como desarrollo más humano y sostenible, si se asume en la práctica, por parte de todos, una “determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común” [7]. Lo cual implica no dejarse llevar por el “afán de ganancia” o por la “sed de poder”. Es necesario estar dispuestos a “perdersé’ por el otro en lugar de explotarlo, y a ‘servirlo’ en lugar de oprimirlo para el propio provecho. [...] El ‘otro’ –persona, pueblo o nación– no [puede ser considerado] como un instrumento cualquiera para explotar a bajo coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un ‘semejante’ nuestro, una ‘ayuda’” [8].

La solidaridad cristiana entraña que el prójimo sea amado no solo como “un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos”, sino

como “la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo” [9], como un hermano. “Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, ‘hijos en el Hijo’, de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá –recuerda Juan Pablo II– a nuestra mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo” [10], para transformarlo.

La fraternidad, premisa para vencer la pobreza

5. En la *Caritas in veritate*, mi predecesor recordaba al mundo entero que la falta de fraternidad entre los pueblos y entre los hombres es una causa importante de la pobreza [11]. En muchas sociedades experimentamos una profunda pobreza relacional debida a la carencia de sólidas relaciones familiares y comunitarias. Asistimos con preocupación al crecimiento de distintos tipos de descontento, de marginación, de soledad y a variadas formas de dependencia patológica. Una pobreza como esta solo puede ser superada redescubriendo y valorando las relaciones fraternas en el seno de las familias y de las comunidades, compartiendo las alegrías y los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman parte de la vida de las personas.

Además, si por una parte se da una reducción de la pobreza absoluta, por otra parte no podemos dejar de reconocer un grave aumento de la pobreza relativa, es decir, de las desigualdades entre personas y grupos que conviven en una determinada región o en un determinado contexto histórico-cultural. En este sentido, se necesitan también políticas eficaces que promuevan el principio de la fraternidad, asegurando a las personas –iguales en su dignidad y en sus derechos fundamentales– el acceso a los “capitales”, a los servicios, a los recursos educativos, sanitarios, tecnológicos, de modo que todos tengan la oportunidad de expresar y realizar su proyecto de vida, y puedan desarrollarse plenamente como personas.

También se necesitan políticas dirigidas a atenuar una excesiva desigualdad de la renta. No podemos olvidar la enseñanza de la Iglesia sobre la llamada hipoteca social, según la cual, aunque es lícito, como dice Santo Tomás de Aquino, e incluso necesario “que el hombre posea cosas propias” [12], en cuanto al uso, no las tiene “como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás” [13].

Finalmente, hay una forma más de promover la fraternidad –y así vencer la pobreza– que debe estar en el fondo de todas las demás. Es el desprendimiento de quien elige vivir estilos de vida sobrios y esenciales, de quien, compartiendo las propias riquezas, consigue así experimentar la comunión fraterna con los otros. Esto es fundamental para seguir a Jesucristo y ser auténticamente cristianos. No se trata solo de personas consagradas que hacen profesión del voto de pobreza, sino también de muchas familias y ciudadanos responsables, que creen firmemente que la relación fraterna con el prójimo constituye el bien más preciado.

El redescubrimiento de la fraternidad en la economía

6. Las graves crisis financieras y económicas –que tienen su origen en el progresivo alejamiento del hombre de Dios y del prójimo, en la búsqueda

insaciable de bienes materiales, por un lado, y en el empobrecimiento de las relaciones interpersonales y comunitarias, por otro— han llevado a muchos a buscar el bienestar, la felicidad y la seguridad en el consumo y la ganancia más allá de la lógica de una economía sana. Ya en 1979 Juan Pablo II advertía del “peligro real y perceptible de que, mientras avanza enormemente el dominio por parte del hombre sobre el mundo de las cosas, pierda los hilos esenciales de este dominio suyo, y de diversos modos su humanidad quede sometida a ese mundo, y él mismo se haga objeto de múltiple manipulación, aunque a veces no directamente perceptible, a través de toda la organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, a través de la presión de los medios de comunicación social” [14].

El hecho de que las crisis económicas se sucedan una detrás de otra debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida. La crisis actual, con graves consecuencias para la vida de las personas, puede ser, sin embargo, una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza. Estas virtudes nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen unos a otros, con la profunda confianza de que el hombre tiene necesidad y es capaz de algo más que desarrollar al máximo su interés individual. Sobre todo, estas virtudes son necesarias para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana.

La fraternidad extingue la guerra

7. Durante este último año, muchos de nuestros hermanos y hermanas han sufrido la experiencia denigrante de la guerra, que constituye una grave y profunda herida infligida a la fraternidad.

Muchos son los conflictos armados que se producen en medio de la indiferencia general. A todos cuantos viven en tierras donde las armas imponen terror y destrucción, les aseguro mi cercanía personal y la de toda la Iglesia. Esta tiene la misión de llevar la caridad de Cristo también a las víctimas inermes de las guerras olvidadas, mediante la oración por la paz, el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, a los refugiados y a cuantos viven con miedo. Además, la Iglesia alza su voz para hacer llegar a los responsables el grito de dolor de esta humanidad sufriente y para hacer cesar, junto a las hostilidades, cualquier atropello o violación de los derechos fundamentales del hombre [15].

Por este motivo, deseo dirigir una encarecida exhortación a cuantos siembran violencia y muerte con las armas: redescubran, en quien hoy consideran solo un enemigo al que exterminar, a su hermano y no alcen su mano contra él. Renuncien a la vía de las armas y vayan al encuentro del otro con el diálogo, el perdón y la reconciliación para reconstruir a su alrededor la justicia, la confianza y la esperanza. “En esta perspectiva parece claro que en la vida de los pueblos los conflictos armados constituyen siempre la deliberada negación de toda posible concordia internacional, creando divisiones profundas y heridas lacerantes que requieren muchos años para cicatrizar. Las guerras constituyen el rechazo práctico al compromiso por alcanzar esas grandes metas económicas y sociales que la comunidad internacional se ha fijado” [16].

Sin embargo, mientras haya una cantidad tan grande de armamentos en circulación como hoy en día, siempre se podrán encontrar nuevos pretextos para iniciar las hostilidades. Por eso, hago mío el llamamiento de mis predecesores a la no proliferación de las armas y al desarme de parte de todos, comenzando por el desarme nuclear y químico.

No podemos dejar de constatar que los acuerdos internacionales y las leyes nacionales, aunque son necesarias y altamente deseables, no son suficientes por sí solas para proteger a la humanidad del riesgo de los conflictos armados. Se necesita una conversión de los corazones que permita a cada uno reconocer en el otro un hermano del que preocuparse, con el que colaborar para construir una vida plena para todos. Este es el espíritu que anima muchas iniciativas de la sociedad civil a favor de la paz, entre las que se encuentran las de las organizaciones religiosas. Espero que el empeño cotidiano de todos siga dando fruto y que se pueda lograr también la efectiva aplicación en el derecho internacional del derecho a la paz, como un derecho humano fundamental, precondition necesaria para el ejercicio de todos los otros derechos.¹³

A luz de lo anterior vemos que la fraternidad como *actitud* es encuentro y diálogo, es comunión divina y humana a un tiempo. Es una vida más que una estructura; sin esa vida, las estructuras de la vida fraterna carecerían de sentido. Entendida como *institución*, la fraternidad es el lugar y la “forma de vida” que propicia el encuentro y el diálogo con los otros, pero a su vez es tarea común asumida ante Dios y no ante una ley. Es una *Ecclesia* en miniatura, en la cual cada uno se siente llamado –junto con los otros– para construir todos juntos un bien común, para caminar juntos hacia la misma meta, para cumplir todos juntos una común tarea: contribuir a la edificación del Reino de Dios.

Hay un reconocimiento básico, esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal: percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia. Si cada uno vale tanto, hay que decir con claridad y firmeza que “el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad”. Este es un principio elemental de la vida social que suele ser ignorado de distintas maneras por quienes sienten que no aporta a su cosmovisión o no sirve a sus fines¹⁴.

Todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente, y ese derecho básico no puede ser negado por ningún país. Lo tiene, aunque sea poco eficiente, aunque haya nacido o crecido con limitaciones. Porque eso no menoscaba su inmensa dignidad como persona humana, que

¹³ Francisco, “Mensaje para la celebración de la XLVII Jornada Mundial de la Paz (1° de enero de 2014). La fraternidad, fundamento y camino para la paz”.

¹⁴ Francisco, “Carta encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (2020)” 106.

no se fundamenta en las circunstancias sino en el valor de su ser. Cuando este principio elemental no queda a salvo, no hay futuro ni para la fraternidad ni para la sobrevivencia de la humanidad.¹⁵

Prevenir a partir de una espiritualidad basada en el discernimiento

Parte esencial de los “ejercicios espirituales” de San Ignacio es el “discernimiento” que se convierte en el método de espiritualidad característico de la Compañía de Jesús. Usado primordialmente para ayudar a la persona a definir su propia opción o elección de vida, hoy se ha aplicado a los grupos eclesiales pequeños y se intenta aplicarlo a los grandes. En definitiva, la misma Iglesia está llamada a ejercitar el discernimiento, mediante un itinerario que implica:

- Reconocimiento de la condición espiritual (inteligencia y voluntad) y en la dinámica de la persona (libertad), el discernimiento consiste en un proceso de purificación interior para elegir la voluntad de Dios, aquí y ahora, con el máximo posible de libertad interior.
- Exigencias humano-cristianas para el uso del discernimiento, esto es, la asunción de la realidad tal cual es, y no como uno querría que fuera, ejercitando la magnanimidad y la paciencia.
- Querer y amar la verdad y el bien presentes en la realidad.
- La fe y la sabiduría cristianas para descubrir el paso de Dios en la realidad y liberarse de los propios condicionamientos humanos y naturales incoherentes con la fe.
- La docilidad al Espíritu que habla a través de la realidad, de la Iglesia, de la propia comunidad, y de la mediación y oración personales.
- La valentía de la esperanza para afrontar las dificultades que conlleva cada hipótesis, el sentido de lo concreto para programar su actuación, la confianza de la esperanza para lanzarse en el futuro con serenidad y gozo a pesar de ser incógnita¹⁶.

La Iglesia es ámbito de discernimiento. La Iglesia vive agobiada por los procesos de cambio que ponen en cuestión su imagen histórica. Y también tenemos presente que

¹⁵ *Ibíd.* 107.

¹⁶ Este apartado tiene como fuente un trabajo realizado por un equipo internacional del Movimiento por un Mundo Mejor, elaborado en la primera década del presente siglo, con el nombre de “Métodos” (hasta ahora no publicado oficialmente).

el Espíritu Santo es el principio de la unidad y de la diversidad en la Iglesia. De estas dos consideraciones emerge la importancia del discernimiento para la vida de la Iglesia, toda ella en tensión hacia la santidad. Así la Iglesia se convierte en signo de unidad, porque ella “es en Cristo como un sacramento e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1); pero como la Iglesia lleva la impronta de este mundo, la Iglesia es toda ella objeto de discernimiento, si quiere ser fiel a Cristo y al Espíritu. Podemos afirmar que, así como la persona no puede caminar hacia la santidad sin el discernimiento que la lleva a elegir según el querer de Dios, la Iglesia no puede caminar hacia la santidad sin discernir habitualmente cuál es la voluntad de Dios sobre ella en orden a la salvación de todos los hombres.

En la historia de la salvación que nos narra la Biblia encontramos el testimonio de un pueblo que busca leer la acción de Dios en los acontecimientos y ser fiel a él mediante sus propias opciones; es decir, discernimiento-juicio de Dios (Is 8,14ss.; 28,16) y discernimiento respuesta del pueblo (1P 2,6-8). Es un doble movimiento que converge en Cristo, revelación plena de la verdad de Dios y del hombre, camino que conduce a la vida, enviado por la salvación de todos, pero de hecho ocasión de endurecimiento para muchos... aquellos que no le han reconocido, que no lo han acogido, “signo de contradicción para que queden al descubierto los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2,34-35). Por tanto, podemos leer la Biblia como el encuentro de dos búsquedas: de Dios que prueba a su pueblo y del pueblo que busca a su Dios, y por ello su voluntad “aquí y ahora”¹⁷.

El *discernimiento* nos lleva a hacer opciones conscientes entre la vida y la muerte, entre el pecado y la gracia, entre el bien y el mal, entre lo justo e injusto, entre la violencia y la paz, es decir, entre seguir los caminos del maligno o los planes de Dios; y toda esta realidad la encontramos ampliamente consignada en la historia de la salvación. En los orígenes, en la misma raíz de la humanidad se encuentran dos situaciones ejemplares: ¿Cuál será el sentido de la relación consigo mismo, con Dios y con los demás? Adán, en el Edén, goza de todos los bienes, pero debe crecer, debe llegar a ser hombre, debe buscar espontáneamente a su creador, y por eso, Dios lo ha dejado “en manos de su propia decisión” (GS 17). Ahora bien, se encuentra ante la opción que determinará toda su existencia y la de la humanidad: realizarse según Dios o según sí mismo, abriéndose a Dios o encerrándose en sí mismo. La indicación de Dios es perentoria: si comes, morirás; pero en su corazón se insinúa la voz del tentador, que lo presiona en su ansia de crecer, de ser por sí mismo (Gn 2,15-17; Si 15,11-21; Sb 10,2).

¹⁷ Cappellaro y Ginori, *El discernimiento*, 54.

Caín ofrece sus frutos a Dios. ¿Don sincero o intento de manipular al Señor? Pero Dios deja al desnudo su actitud profunda: le descubre el pecado que anida en su corazón. No obstante, tiene todavía en sus manos la opción entre el amor y el egoísmo, entre la apertura al hermano o el homicidio, origen de una cadena de delitos (Gn 4,7; Sb 1,3).

Si la opción de Adán y la de Caín abren una historia de muerte, la respuesta de Abraham hace de él un hombre nuevo, Abraham (Gn 17,5), el “padre de los vivientes” (Rm 4,18); Dios llama a Abraham: ponte en camino... vete de tu país... toma a tu hijo y ofrécelo en holocausto... No le da garantías inmediatas. No le pide su opinión. Abraham puede aceptar o rechazar... Dios ha probado (Gn 22,1) a Abraham, y ha hecho discernimiento: “Ahora sé que tu temes a Dios” (Gn 22,12).

Yahveh presenta garantías de todo cuanto ha hecho por Israel; le habla al corazón, le abre los ojos, le ilumina la mente para reconocer (discernir) en las situaciones por las que atravesará la cadena de bendiciones o de castigos, fruto de sus opciones (Dt 29,3; cfr 28,1-5 ss.); pero el pueblo se cansa de caminar en la fe y se constituye un dios a su medida (E 32,1-6). Entonces, también Moisés tiene que pasar por el examen (Ex 32,9 -14); debe discernir entre dos imágenes de Dios: la que supone la cancelación de un pasado incómodo y la consagración de una situación fácil y honrosa, o la que exige la fidelidad a una misión ardua.

De hecho, el contraste se desarrolla en la conciencia de Moisés: el Dios que lo alienta con la promesa de hacerle jefe de un pueblo grande y poderoso parece la proyección de su deseo de hombre cansado de la lucha sobrehumana: ¿Forjarse un Dios que justifique su opción dimisionaria o encontrar al Dios vivo? Pero Moisés sabe reconocer el verdadero rostro de Yahveh y hace su opción coherente: seguirá solidario de su gente de dura cerviz para conducirla a la salvación. Israel está siempre “en manos de su propia decisión”; “si quieres escuchar mi voz...” (Jos 24)¹⁸.

En el Nuevo Testamento, la invitación a la opción de la vida o de la muerte se interioriza: tiene lugar en el mismo corazón del hombre, allí donde está “su tesoro” (Mt 6,2-21), pero no es menos drástica: “Nadie puede servir a dos señores: odiará a uno y amará a otro”. El ejemplo nos lo ofrece una comunidad o una persona que se interroga: quiere seguir a Cristo, pero posee muchos bienes terrenos. Los dos caminos no pueden coexistir. Se impone una clarificación, tanto comunitaria como personal, iluminada por la Palabra de Cristo que orienta y a la vez invita a mirar la realidad circundante (Mt 6,19-27).

¹⁸ *Ibíd.*, 56 y 57.

Mediante estos ejemplos vemos cómo los creyentes han vivido la opción fundamental, es decir, han reconocido, entre muchas interpretaciones, el sentido del proyecto de Dios, lo han aceptado y se han jugado la vida por él.

Si logramos comprender que a lo largo de la historia de la humanidad y, concretamente, en la historia de la salvación, la vida y sus circunstancias se desarrollan entre fuerzas y realidades contrarias que llevan a la persona, a los grupos y a las diversas comunidades a hacer opciones que lo comprometen, sea por el bien o por el mal, por la muerte o por la vida, por la paz o por la violencia, opciones de las cuales el ser humano es responsable ante Dios y ante la sociedad.

Por eso es importante ponerse en actitud permanente de discernimiento, a la luz de la Palabra de Dios y bajo la acción del Espíritu Santo, buscando identificar cuál es su voluntad, de manera que sus opciones sean en favor de la vida, de la paz y del bien de todos. Así se logra superar el problema fundamental del orgullo, la prepotencia, la autosuficiencia y la soberbia humana, que llevan a la persona a apartarse de los planes de Dios y a actuar por su propia cuenta, cayendo en la autodestrucción y la destrucción del otro, propiciando la violencia y la injusticia en pequeñas y grandes esferas de la sociedad. Por consiguiente, si no actuamos teniendo en cuenta la presencia y la voz del otro, bajo la acción del Espíritu Santo que nos lleva a la unidad en la diversidad, corremos el riesgo de la destrucción del mundo, y por consiguiente, de la humanidad.

Proponer una espiritualidad de la vida cotidiana

Queremos vivir una espiritualidad callejera, rural y urbana que nos invita permanentemente a proponer opciones concertadas por medio del *diálogo*, orientadas a solucionar los conflictos personales y comunitarios. De acuerdo con el magisterio de la Iglesia encontramos que “el diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: él nos amó primero” (*Eclesiam suam* 39). El proyecto de salvación es ante todo un deseo de comunión de Dios para con su pueblo; es un acto de amor iniciado por Dios Padre y realizado plenamente en Cristo por el Espíritu Santo (Hb 1,1-2); cfr. *Eclesiam suam* 36 y 37.

La palabra de Dios, el *dabár* de Yahveh, está llena de fuerza y poder (Gn 1; Is 40,55; Jr 23) porque está unida a la acción, al acontecimiento. Dios habla y actúa: “sea el mundo” y “el mundo fue” (Gn 1,3). El hablar de Dios está revestido de experiencias concretas. Son palabras para cada momento. El ser humano escucha y responde a Dios. En la acogida del corazón es donde se da la aceptación y obediencia a la palabra escuchada.

Un modo de responder a Dios es el hablar humano y este acto lo asemeja a Dios. Responder a Dios supone hablar y obrar según él espera. Para eso hace falta un

nuevo corazón y así responder escuchar y responder adecuadamente. De la relación interpersonal Dios-ser humano, se desprende la relación interpersonal ser humano-ser humano. Dios, al crear el ser humano capaz de dialogar con él y con los hermanos, lo capacita también para relacionarse con el cosmos.

Los hombres y mujeres de hoy, si queremos ser una Iglesia y un mundo mejor, debemos adoptar el diálogo como característica esencial del obrar humano y comunitario. El diálogo es responsabilidad de todos, especialmente de la Iglesia: "...la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (*Eclesiam suam* 34).

En la encíclica *Fratelli tutti*, el papa Francisco señala: "para encontrarnos y ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar" (198), y dialogar es "acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto" (198). En esta perspectiva, para un auténtico pacto por la vida, la reconciliación y la paz, el diálogo es la cultura que hay que mantener, asumir y crear: diálogo teológico, diálogo generacional, diálogo comunitario, diálogo nacional; diálogo para construir en común (203), diálogo para buscar consensos, diálogo para encontrar la verdad (211).

Este diálogo eclesial, nacional y ciudadano ha de estar guiado por la claridad (comprensible, popular, selecto); la mansedumbre o afabilidad (el diálogo no es orgulloso, hiriente, ofensivo; es pacífico, evitando los modos violentos, es paciente y generoso); la confianza (promueve la familiaridad, la "amistad social", entrelaza los espíritus); la prudencia (se adapta a las condiciones y sensibilidad del otro) como lo señala *Eclesiam suam* 38).

El pacto nacional por la vida, la reconciliación y la paz guiado por el diálogo hace que tengamos unas actitudes personales, institucionales y comunitarias que son necesarias para desarmar nuestros corazones de los odios, rencillas, resentimientos y deseos de venganza, y para construir un mejor ambiente familiar, escolar, universitario: un ambiente más humano para construir una patria mejor.

Para entrar en un proceso de diálogo es necesaria la actitud previa de la empatía. Esta prepara el espacio-tiempo indispensable para que el verdadero diálogo se lleve a cabo. Al hablar de empatía me refiero al cultivo sistemático de una actitud de acogida que presupone la escucha total y que atiende a la comunicación de las personas en sentido más amplio. Incluye, por tanto, el mensaje en su totalidad: su expresión verbal y no verbal, su congruencia o incongruencia, las ideas, los conceptos, el tono emocional y los sentimientos, los gestos y circunstancias, en fin, la persona y su lenguaje total.

Algunas formas para vivir y promover el diálogo y la empatía en la vida cotidiana¹⁹

Dar validez a la persona y a su problema. Validar a la persona no implica estar de acuerdo con lo que hace, piensa o dice. Sí implica reconocer que esta es la realidad de esa persona, en este momento. Requiere, por tanto, que se dé por válida cualquier situación que viva un ser humano. Exige prestar atención a su conducta, a su estado emocional, a su lenguaje verbal o no verbal; pero, por encima de todo, implica creer en la persona y en su capacidad de bien, no importa cuál sea su apariencia. La actitud contraria es la descalificación de la otra persona, que puede llegar a ignorarle y marginarle, convirtiéndola en no-persona. Cuando negamos a la otra persona su existencia o rebajamos su valor, y la consideramos como mero instrumento a nuestro servicio, nos incapacitamos para aceptarle y reconocer su situación. Cuando hacemos juicios morales para clasificar la conducta o cuando insistimos en medirla por el listón propio, nos cerramos a la percepción del bien y a las posibilidades de crecimiento que hay en la otra persona.

Aproximarse al otro. La primera condición para dialogar es aproximarse. La actitud de aproximarse implica las siguientes acciones:

- Acercarse: una presencia cercana invita a la comunicación.
- Abrirse: mostrarse de modo congruente, en lenguaje no verbal, la disposición de atender a la persona, prestarle atención total en la que intervengan los cinco sentidos; evitar los gestos que puedan distraer la atención hacia algo que no sea la persona misma y su comunicación.
- Sintonizar: es más que acercarse; es compartir el ritmo de la otra persona, ponerse en su misma onda, acompañar sus gestos de modo congruente. Nuestra sintonía con la otra persona puede acontecer inconscientemente. Por eso es importante tomar conciencia de que dicha sintonía es un arma poderosa de comunicación que conviene usar prudentemente.

Hacer silencio. En un ambiente ruidoso se hace más difícil escuchar, dialogar. Los ruidos e interrupciones pueden estorbar la escucha. Al hablar del silencio, me refiero especialmente al silencio interior. Hacer un silencio interior significa acallar los propios ruidos: controlar la necesidad de interrumpir la comunicación, de ser gracioso,

¹⁹ Este apartado tiene como fuente un trabajo realizado por un equipo internacional del Movimiento por un Mundo Mejor, elaborado en la primera década del siglo con el nombre de “Métodos” (no publicado hasta ahora oficialmente).

ocurrente o perspicaz a propósito de lo que alguien comunica; suspender los juicios morales, los consejos benevolentes o las preguntas que nacen de la curiosidad; refrenar la necesidad de consolar, de quitar importancia al problema, al no soportar el que escucha la carga emocional que brota de la situación; en fin, hay que evitar cualquier tipo de interrupción que provenga de nuestro “yo” e impida el flujo de comunicación que viene de la otra persona.

Decir la palabra adecuada. ¿Cuáles son las palabras más adecuadas para realizar una escucha activa? ¿De qué modo conviene responder para significar la importancia que se concede a la comunicación de otra persona? Debemos estar pendientes de no tener en este momento del diálogo una actitud moralizante: “Eso que dices no está bien”; o una actitud inquisitiva: “¿Dónde?” “¿Con quién?” “¿Cuántos?” O un consuelo fácil: “No te preocupes que eso no es nada”.

Tales respuestas no favorecen la comunicación, ni el diálogo: porque nos podemos centrar en el problema más que en la persona que se comunica o centrarse solo en ella y descalificar su problema. En cambio, las palabras que expresan, tanto nuestro respeto por la persona que se comunica como nuestra aceptación de su situación, ayudan a que aquella prosiga en su comunicación y se manifieste con confianza.

Descubrir el paso de Dios. Los que practican la técnica de escuchar afinan cada vez más su capacidad, hasta convertirla en hábito. Cuando esto sucede pueden acoger la comunicación sin obstáculos ni interferencias, y pueden percibir al otro con toda la expresión de su riqueza personal. Al acoger al otro en actitud contemplativa le invitamos a releer su vida desde Dios, a considerar cada momento de su existencia en lo que tiene de positivo y edificante, a dar el paso posible en su camino hacia Dios. La historia personal se convierte así en historia de salvación.

Convocar a partir de una pedagogía del encuentro, la escucha y la empatía

Este estilo de vida social, esta espiritualidad en camino es en esencia misionera, porque busca convocar permanentemente la vinculación de nuevas personas y organizaciones que quieran hacer parte de una *pedagogía* del encuentro (que supera el individualismo), una pedagogía de la escucha (que supera la indiferencia), y una pedagogía de la empatía (que supera la rivalidad).

El mundo no necesita palabras vacías, sino testigos convencidos, artesanos de la paz abiertos al diálogo sin exclusión ni manipulación. De hecho, no se puede realmente alcanzar la paz a menos que haya un diálogo convencido de hombres

y mujeres que busquen la verdad más allá de las ideologías y de las opiniones diferentes. La paz “debe edificarse continuamente”, un camino que hacemos juntos buscando siempre el bien común y comprometiéndonos a cumplir nuestra palabra y respetar las leyes. El conocimiento y la estima por los demás también pueden crecer en la escucha mutua, hasta el punto de reconocer en el enemigo el rostro de un hermano.²⁰

El verdadero diálogo no tiene que ver con la mera negociación en busca de beneficios particulares:

Los héroes del futuro serán los que sepan romper esa lógica enfermiza y decidan sostener con respeto una palabra cargada de verdad, más allá de las conveniencias personales. Dios quiera que esos héroes se estén gestando silenciosamente en el corazón de nuestra sociedad. (*Fratelli tutti* 202)

Más que nunca necesitamos aprender y enseñar la convivencia, necesaria para los consensos o pactos comunitarios en el mundo de hoy. Dadas las relaciones de individualismo, de desigualdad y de pérdida de la solidaridad (aunque esta pandemia ha sido testigo de un pueblo solidario y hermano) parece necesario un nuevo aprender y vivir la convivencia ciudadana, para un nuevo humanismo pospandemia, recuperando la siempre buena relación con los otros, la pertenencia y la solidaridad.

Es necesario educar para en encuentro: ayudar a salir del individualismo narcisista, para abrirse al descubrimiento del otro y la responsabilidad de construir en el lugar donde se vive un mundo mejor; y salir del recinto cerrado académico, en el que se cultivan los mejores conocimientos, y salir de la lógica utilitarista que tiene el saber como instrumento de poder y de ganancia. La atención a la diversidad de situaciones lleva a individuar soluciones didácticas, creativas, innovadoras.

Educar para en encuentro –por ejemplo en el ámbito universitario– es promover el desarrollo de la mente (la cabeza bien armada), de la mano (la competencia en la acción), y del corazón (la disponibilidad hacia los otros, la solidaridad, la apertura a las necesidades sociales, el servicio y la fraternidad).

...sentir al hermano de fe en la unidad profunda del cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad... capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En

²⁰ Francisco, “Mensaje para la celebración de la LIII Jornada Mundial de la Paz (1º de enero de 2020). La paz como camino de esperanza, diálogo, reconciliación y conversión ecológica”.

fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros.²¹

Pedagogía de la escucha: “Cada mañana, él despierta mi oído, para que yo escuche como un discípulo. El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás” (Is 50,4b-5).

Nuestro Padre del cielo escucha el rumor de nuestros pasos, la oración que vamos musitando en nuestro corazón a medida que nos acercamos. Nuestro Padre escucha los sentimientos que nos conmueven al recordar a nuestros seres queridos, al ver la fe de otros y sus necesidades, al acordarnos de cosas lindas y cosas tristes... Dios escucha. ... No es como los poderosos que escuchan lo que les conviene. El escucha todo. También las quejas y los enojos de sus hijos. Y no solo escucha, sino que ama escuchar. Ama estar atento, oír bien, oír todo lo que nos pasa.

Aprender a escuchar nos permitirá dar el primer paso para que, en nuestras comunidades, se haga realidad la tan anhelada acogida cordial. Quien escucha sana y recrea los vínculos personales, tantas veces lastimados, con el simple bálsamo de reconocer al otro como importante y con algo para decirme. La escucha primerea el diálogo y hace posible el milagro de la empatía que vence distancias y resquemores. Esta actitud nos libraré de algunos peligros que puede hipotecar nuestro estilo pastoral. El de atrincherarnos como Iglesia, edificando muros que nos impiden ver el horizonte. El peligro de ser iglesia autorreferencial que acecha todas las encrucijadas de la historia y es capaz de acabar con las mejores iniciativas pastorales.

La actitud de la escucha nos ayudará a no traicionar la frescura y fuerza del anuncio kerigmático con meros conceptos morales, que más que la novedad del “camino” se transforma en fango que ciega y empantana. Necesitamos ejercitarnos en el escuchar... para que nuestra acción evangelizadora se enraíce en el ámbito de la interioridad donde se gesta el verdadero catequista que, más allá de sus actividades sabe hacer de su ministerio, diaconía del acompañamiento.²²

Pedagogía de la empatía es la capacidad de ponerse en el lugar del otro, de ver la vida a través de sus ojos y de sentir lo que la otra persona está sintiendo; en Lc 10, 25-37 encontramos las dos actitudes del ser frente al dolor del hombre asaltado y malherido a un costado del camino que une Jerusalén y Jericó: negarlo, mirar para otro lado, endurecer el corazón, ser indiferente (sacerdote y levita), o acercarse al caído, conmoverse, lavar sus heridas, cargarlo y comprometerse con su suerte poniéndolo a salvo (samaritano).

²¹ Juan Pablo II, “Carta apostólica *Novo millennio ineunte* al concluir el Gran Jubileo del Año 2000”.

²² Cardenal Jorge Bergoglio a los catequistas de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

Este último se permitió “ver” al otro herido y caído, aceptó el encuentro con él, supo leer cómo –sin mediar palabra– desde su necesidad lo interpelaba, sintió misericordia, vivió en todo su ser, en su alma y en su cuerpo un sentimiento de solidaridad amorosa y conmovida; y a partir de esa “emoción fuerte” que lo envolvió con pasión, se volcó a ayudarlo misericordiosamente, anteponiendo al otro a él mismo, a la propia conveniencia de sus asuntos.

Tener empatía entonces implica comprender la ley universal de la unidad: “todos somos uno”. Todos estamos relacionados unos con otros. Cuando somos capaces de sentirnos parte de la otra persona, somos capaces de comprenderla. De la comprensión nace el respeto y del respeto el amor. Si la empatía es la antesala del amor, también es el antídoto contra el odio. Sin empatía no nos ponemos en el lugar del otro, no podemos comprenderlo; y si no hay comprensión es más difícil respetarlo; y cuando hay falta de respeto puede nacer el odio, que daña toda nuestra vida.

La empatía nos hace ver nuestros propios errores. Muchas veces somos lo que criticamos o no soportamos de los demás. “...el que esté libre de pecado... que tire la primera piedra”. Es la base de la tolerancia y del perdón. Desde la tolerancia perdonar es más fácil. Es el camino hacia la compasión. Cuando se es empático se sienten como propios los sentimientos y las emociones de las demás, los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias.

Denunciar mediante el profetismo no violento

El pacto ciudadano por la vida, la paz y la reconciliación, promovido con la inspiración y apoyo de la espiritualidad, necesita finalmente de una auténtica veeduría ciudadana, entendida como el mecanismo democrático de representación que permite a los ciudadanos o a las diferentes organizaciones comunitarias ejercer vigilancia sobre la gestión pública, respecto de las autoridades administrativas, políticas, judiciales, electorales, legislativas y los órganos de control.

Esta veeduría se enriquece cuando está inspirada en el mecanismo y en la espiritualidad presente a lo largo de la historia de la salvación que llamamos el profetismo. El profeta, según la Biblia, es una especie de atalaya que está siempre vigilando, recordando, llamando, insistiendo. Algunas características de la manera como actúan los profetas pueden ilustrar bien la experiencia profética para este momento histórico de Colombia:

- La fuerza dinamizadora del profeta está en la mirada puesta siempre en el futuro, en los ideales, en los sueños, en lo pactado como compromiso de vida nueva. El profeta recuerda siempre al conjunto del pueblo de Dios, y en particular

- a sus gobernantes, cuál es la voluntad de Dios, cuál es su designio, cuál es su proyecto, cuál es su sueño para la humanidad.
- Desde esos ideales y sueños de futuro, el profeta discierne qué se está dando ya en la experiencia del pueblo y lo proclama como buena noticia. Al mismo tiempo detecta qué se opone a esos ideales, lo denuncia como infidelidad, como pecado, y es entonces cuando llama decididamente a la conversión de las personas, de los dirigentes y del pueblo en general.
 - El profeta recuerda que “la voluntad de Yahveh se hace oferta, invitación, seducción, vocación y misión, siempre a partir de un encuentro entre Dios y el ser humano. La salvación ha de traducirse en realidades como libertad, bienestar, relación, protección vida digna, que se estructuran socialmente mediante cauces concretos como son tierra, familia, comunidad, ley... No hay lugar para la magia”²³.

Estas características del modo de actuar del profeta son las que está llamada a asumir y encarnar una facultad de Teología en sus diferentes programas. Una facultad de Teología se convierte de esta manera en una especie de atalaya que contribuye a inspirar la permanente veeduría ciudadana del conjunto del pueblo de Dios.

El papa Francisco señala, en esta línea profética, una tarea más decidida a las facultades de Teología, en este momento histórico, cuando recuerda en la constitución apostólica *Veritatis gaudium* (3) que la tarea urgente en nuestro tiempo consiste en que todo el pueblo de Dios se prepare a emprender “con espíritu” una nueva etapa de la evangelización. Esto requiere “un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma”; y en ese proceso, la renovación adecuada del sistema de los estudios eclesíásticos está llamada a jugar un papel estratégico.

De hecho, tales estudios no deben ofrecer tan solo lugares e itinerarios para la formación cualificada de presbíteros, de personas consagradas y de laicos comprometidos, sino que constituyen una especie de laboratorio cultural providencial, en el que la Iglesia se ejercita en la interpretación de la *performance* de la realidad que brota del acontecimiento de Jesucristo y que se alimenta de los dones de sabiduría y de ciencia, con los que el Espíritu Santo enriquece en diversas formas a todo el pueblo de Dios: desde el *sensus fidei fidelium* hasta el magisterio de los pastores, desde el carisma de los profetas hasta el de los doctores y teólogos.

Casi a renglón seguido señala el papa Francisco la significación de dicho reto: esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación

²³ Becerril, “Profetismo”, 748.

académica y de la investigación científica, del compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún –me atrevo a decir– hacia “una valiente revolución cultural”. En este empeño, la red mundial de las universidades y facultades eclesásticas está llamada a llevar el aporte decisivo de la levadura, la sal y la luz del Evangelio de Jesucristo, así como de la tradición viva de la Iglesia, siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas.

Es motivo de inmensa alegría, pero a la vez de gran responsabilidad saber que el jueves 15 de octubre de 2020 el papa Francisco presentó en Roma el Pacto Educativo Global y propuso generar un cambio a escala planetaria, para que la educación sea creadora de fraternidad, esperanza, paz y justicia. En este marco, el santo Padre y la Congregación para la Educación Católica designaron a la Pontificia Universidad Javeriana, de Colombia, junto a las universidades Sacro Cuore (Italia), Notre Dame (Estados Unidos) y la Católica de Australia (Australia), para liderar dicho Pacto Educativo Global. La Pontificia Universidad Javeriana, dado su compromiso concreto, real y sus logros en los últimos cinco años, tendrá a su cargo el componente de Ecología Integral²⁴.

Sobre la base de una teología de la acción que ha caracterizado la reflexión de la Facultad de Teología de la Javeriana en los últimos años, será posible hacer realidad que el pacto ciudadano por la vida, la paz y la reconciliación esté acompañado por una reflexión crítica desde la fe del acontecer de los compromisos en que estamos involucrados todos, como ciudadanos y como personas de fe.

Finalmente, quiero agradecer al Sedac y especialmente al ilustrísimo monseñor Fidel Suarez y al reverendo padre Pedro Figueroa, por su ayuda y servicio en el proceso que dio origen a este escrito.

Referencias

Aciprensa. “Catequesis papa Francisco sobre la reconciliación con Dios”. *Aciprensa.com*, <https://www.aciprensa.com/noticias/texto-completo-catequesis-papa-francisco-sobre-la-reconciliacion-con-dios-34972> (consultado el 20 de enero de 2021).

Becerril, Raúl. “Profetismo”. En *Nuevo diccionario de teología*, dirigido por J. J. Tamayo. Madrid: Trotta, 2005.

²⁴ Pontificia Universidad Javeriana, “Papa Francisco designa a la Universidad Javeriana para liderar el Pacto Global por la Educación en el marco de la ecología integral”.

- Benedicto XVI. “Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe”. *Revista Clar*, <https://revista.clar.org/index.php/clar/article/view/595/552> (consultado el 19 de enero de 2021).
- Cappellaro, Juan Bautista, y Oretta Ginori. *El discernimiento*. México: Paulinas, 1979.
- Castillo, José María. *El Reino de Dios. “Por la vida y la dignidad de los seres humanos”*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2010.
- Francisco. “Carta encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (2020)”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html (consultado el 25 de enero de 2021).
- _____. “Gran encuentro de oración por la reconciliación nacional. Palabras del santo Padre. (Villavicencio, 8 de septiembre de 2017)”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/september/documents/papa-francesco_20170908_viaggioapostolico-colombia-incontrodi-preghiera.html (consultado el 20 de enero de 2021).
- _____. “Mensaje para la celebración de la XLVII Jornada Mundial de la Paz (1º de enero de 2014). La fraternidad, fundamento y camino para la paz”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20131208_messaggio-xlvii-giornata-mondiale-pace-2014.html (consultado el 25 de enero de 2021).
- _____. “Mensaje para la celebración de la LIII Jornada Mundial de la Paz (1º de enero de 2020). La paz como camino de esperanza, diálogo, reconciliación y conversión ecológica”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20191208_messaggio-53giornatamondiale-pace2020.html (consultado el 25 de enero de 2020).
- Gutiérrez, Gustavo. *El Dios de la vida*. Lima: CEP, 2015.
- Juan Pablo II. “Carta apostólica *Novo millennio ineunte* al concluir el Gran Jubileo del Año 2000”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost-letters/2001/documents/hf_jp-ii_apl_20010106_novo-millennio-ineunte.html (consultado el 5 de enero de 2021).
- Pagola, José Antonio. *El camino abierto por Jesús. Juan*. Bogotá: PPC, 2013.
- _____. *El camino abierto por Jesús. Mateo*. Madrid: PPC, 2010.

- Pikaza, X. y J. Antunes da Silva, (eds.). *El Pacto de las Catacumbas. La misión de los pobres en la Iglesia*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2015.
- Pontificia Universidad Javeriana. “Papa Francisco designa a la Universidad Javeriana para liderar el Pacto Global por la Educación en el marco de la ecología integral”. *Pontificia Universidad Javeriana*, 16 de octubre de 2020, <https://www.javeriana.edu.co/sostenibilidad/2020/10/16/papa-francisco-designa-a-la-universidad-javeriana-para-liderar-el-pacto-global-por-la-educacion-en-el-marco-de-la-ecologia-integral> (consultado el 22 de enero de 2021).
- Tamayo, Juan José. “Paz y violencia”. En *Nuevo diccionario de teología*, dirigido por J. J. Tamayo, 709ss. Madrid: Trotta, 2005.